

no esta mañana, querida mía. He bailado mucho, estoy muy fatigada. Quisiera estar de vuelta, durmiendo sobre tu brazo.

Y sonriendo, continuó:

—Tendremos que decirle á Théano que nuestro lecho no es ya para ella, y le pondremos otro á la derecha de la puerta. No podría abrazarla ya después de lo que vi esta noche. Myrto, ¡es verdaderamente horroroso! ¿Es posible que se ame así? ¿A eso llaman ellos amor?

—A eso.

—Se engañan, Myrto. No saben...

Myrtokleia la cogió en sus brazos, y las dos callaron juntas.

El viento les entremezclaba los cabellos.

VII

La cabellera de Khrysis

MIRA—dijo Rhodís—, alguien viene!
Miró la cantora, y divisó á lo lejos una mujer que caminaba con rapidez por el muelle.

—La reconozco—agregó la pequeña—. Es Khrysis; lleva su vestido amarillo.

—¿Cómo! ¿ya vestida?

—No me lo explico. De costumbre no sale antes de mediodía, y apenas acaba de salir el sol. Algo le ha sucedido, y algo bueno sin duda, porque su suerte es grande.

Fueron á su encuentro y le dijeron:

—Salud, Khrysis.

—Salud. ¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

—No lo sé. Amanecía cuando llegamos.

—¿No visteis á nadie en el muelle?

—A nadie.

—¿A ningún hombre? ¿estáis ciertas?

—¡Oh! Muy ciertas. ¿Por qué nos lo preguntas?

Khrysis no respondió. Insistió Rhodís:

—¿Querías ver á alguien?

—Sí... puede ser... creo que más vale no haberle visto. Es mejor así. Hice mal en volver; no he podido contenerme.

—Pero ¿qué te pasa, Khrysis, nos lo dirás?

—¡Oh! ¡no!

—¿Ni á nosotras? ¿ni á nosotras, tus amigas?

—Lo sabréis más tarde, con toda la ciudad.

—¡Qué complaciente!

—Un poco antes, si os empeñáis; pero esta mañana, ¡imposible! Ocurren cosas extraordinarias, hijas mías. Me muero por decíroslo, pero me es forzoso callar. ¿Os ibais á casa? Venid á acostaros conmigo. Estoy enteramente sola.

—¡Oh! ¡Khryse, Khrysidión, estamos tan fatigadas! Nos íbamos á casa, en efecto, pero era para dormir.

—¡Bien! Dormiréis en seguida. Hoy es víspera de las Afrodiasias; ¿quién reposa este día? Si queréis que la diosa os proteja y os haga felices el año próximo, es preciso que lleguéis al templo con los párpados morados como violetas y las mejillas blancas como lirios. Pensaremos en ello. Venid.

Y cogiendo á ambas por más arriba de la cintura y posando sus manos acariciadoras sobre sus senos casi desnudos, se las llevó consigo á paso apresurado.

Sin embargo, Rhodís seguía pensativa.

—¿Y cuando estemos en tu lecho—añadió—tampoco nos dirás lo que te sucede, lo que esperas?

—Os diré muchas cosas, todo cuanto os plazca, menos eso.

—¿Ni cuando estemos en tus brazos, desnudas y sin luz?

—No insistas, Rhodís. Espera hasta mañana y lo sabrás.

—¿Vas á ser muy feliz ó muy poderosa?

—Muy poderosa.

Rhodís abrió grandemente los ojos y exclamó:

—¡Duermes con la reina!

—No—dijo Khrysis riendo—, pero seré tan poderosa como ella. ¿Necesitas de mí? ¿Deseas algo?

—¡Oh! ¡sí!

Y la niña se puso pensativa de nuevo.

—¿Y qué es?—preguntó Khrysis.

—Una cosa imposible; ¿para qué pedirla?

Myrtokleia habló así por su amiga:

—En Efeso, nuestro país, cuando dos muchachas núbiles y vírgenes, como Rhodís y yo, están enamoradas una de otra, la ley les permite casarse. Van ambas al templo de Athena para consagrar su doble cinturón; luego al santuario de Iphinoe, á dar un bucle formado de cabellos de las dos, y por último, bajo el peristilo de Dionysos, en donde se le entrega á la más viril un cuchillito de oro afilado y un lienzo blanco para restañar la sangre. Por la noche es conducida á su nueva morada la que ha sido la novia, sentada en un carro de flores, entre su «marido» y la paraninfa, en medio de antorchas y de tocadoras de flauta, y en lo sucesivo, tienen todos los derechos de esposos y pueden adoptar muchachitas que participen de su vida íntima. Son respetadas y forman una familia. Este es el sueño de Rhodís; pero aquí no se acostumbra...

—Se cambiará la ley—dijo Khrysis—. Os casaréis, me encargo de ello.

—¡Oh! ¡es verdad!—prorrumpió la pequeña, roja de alegría.

—Sí; y ni os pregunto quién de las dos será el marido. Yo sé que Myrto tiene todo lo que se necesita para producir la ilusión. Eres feliz, Rhodís, con poseer tal amiga. Por más que digan, son raras.

Habían llegado á la puerta, en donde Dyalá tejía, sentada en el dintel, una servilleta de lino. La esclava se puso en pie para dejarles paso y siguió tras ellas.

En un instante se despojaron las dos flautistas de sus sencillos vestidos, hiciéronse una á otra abluciones minuciosas en una fuente de mármol verde y rodaron en seguida sobre el lecho.

Khrysis las miraba sin verlas. Las frases más insignificantes de Demetrios repercutían en su memoria palabra por palabra, indefinidamente. No sintió siquiera que Dyalá, guardando silencio, le desataba y desenrollaba su largo velo de color de azafrán, desabrochaba su cinturón, quitaba sus collares, sacaba las sortijas, los sellos, las ajorcas, las serpientes de plata, los alfileres de oro; pero el cosquilleo de la cabellera al caer la despertó vagamente.

Pidió entonces su espejo.

¿La inquietaba el temor de no ser bastante bella para retener á aquel nuevo amante—porque era preciso retenerle—después de las locas empresas que de él había exigido, ó pretendía, examinando cada una de sus perfecciones, calmar algunas inquietudes é infundirse confianza?

Fué acercándose el espejo á cada una de las partes de su cuerpo y tocándoselas una tras otra. Apreció la blancura de su piel, estimó su suavidad con lentas caricias y con palpamientos su calor; valoró la plenitud de sus pechos, la firme-

za de su vientre, la esbeltez de sus carnes; se midió la cabellera y consideró su esplendor; ensayó la fuerza de su mirada, la expresión de la boca, el fuego del aliento, y desde la extremidad de la axila hasta el pliegue del codo, fué arras-trando con lentitud un beso á lo largo de su brazo desnudo.

Una emoción extraordinaria, mezcla de sorpresa y de orgullo, de certidumbre y de impaciencia, se apoderó de ella al contacto de sus propios labios. Giró en torno suyo como buscando á alguien, y descubriendo sobre el lecho á las dos efesias olvidadas, saltó en medio de ellas, las separó, las estrechó con una especie de furor amoroso, y su larga cabellera de oro envolvió las tres cabecitas.